

a tapar las CALLES, ¡que no pase nadie!

VIOLETA OCHOA BRAVO*

Parece escucharse aquel viejo estribillo infantil que niños y niñas cantaban tomados de las manos y cubriendo de lado a lado las banquetas, simulando el paso militar en zig zag, y a modo de travesura, impedían el libre paso a los peatones que cruzaban su camino. Cada día aumenta la privatización de los espacios urbanos que surgen como brotes de mala hierba en esta mancha urbana. Muchas calles se tornan espacios privados, siendo públicos; no permiten la circulación de vehículos ni de personas, pues los vecinos, con o sin autorización han colocado una “caseta de vigilancia” y una barrera que impide el libre acceso a la vía pública.

Los colonos aducen el aumento de la inseguridad, la delincuencia y la violencia, así como la poca o nula vigilancia policiaca. Y no les falta razón, pero quizá sean aspirinas sociales, cuya cura es temporal y mínima. ¿En dónde quedó “el bien común” que toda sociedad sana debe considerar? ¿Acaso la privatización de los espacios públicos es indicador de una sociedad enferma? Esto amerita reflexión.

Sería mejor atender las causas de estos males y no “tapar el sol con un dedo”, soslayar el problema del desempleo y subempleo creciente, el poco poder adquisitivo del salario, el deterioro de los valores sociales con el predominio de los intereses individuales y la influencia del consumo de violencia transmitida en los medios de comunicación masiva.

Sin embargo, estos hechos y esta privatización espacial se deben considerar, y más ahora, cuando hablamos de Desarrollo Sustentable, parece que es inconveniente acudir a los supuestos expertos: los planeadores urbanos, los ingenieros y los arquitectos. Estos profesionistas deben estar comprometidos y cumplir las expectativas sociales; las grandes ciudades tienen un creciente deterioro ecológico y social, ¿en dónde se encuentran los diseñadores de los espacios topofilicos?, esos espacios que hacen felices a los hombres. Existe una mayor deshumanización en las ciudades, ésta les crea mayores conflictos, los aísla, tensiona, asola, rodeándolos de una gran masa de autos y de gente sin rostro, creando una especie de selva de asfalto, la cual —para colmo— les cierra las calles.

Demandamos que los arquitectos y los urbanistas cumplan; y si son los visionarios y constructores de los espacios habitables de las ciudades, pedimos confort, belleza y funcionalidad; que la ciudad sea acogedora. Pretendemos que las calles, plazas, etcétera, a falta de seguridad, por lo menos den calidez, fluidez y la posibilidad de disfrutar un paseo por la calzada, a pie, recorrer calles o plazas que permitan conocer a los viandantes, vecinos, niños del rumbo; identificarse con el barrio, colonia y



ciudad. Los arquitectos deben dejar de pensar que todo es una zona comercial, dejar de planificar la vialidad sólo para cuatro millones de automóviles y desterrar el vocablo “automóvil”, que ha restado importancia al del “hombre”. Cabe recordar que la búsqueda de alternativas al uso de otros medios de transporte urbano se han descartado por la falta de infraestructura: ciclistas, estacionamientos fuera del Metro, vehículos eléctricos. Esta planeación adquirirá sentido para el hombre sólo cuando inicie el alivio de algunos de sus males, entre los cuales, aparte de la “modernidad” y su contaminación, existe la deshumanización y ahora, la privatización de su espacio público.

* Profesora de la ESIA-Tecamachalco.

